

y, sin más, se disolvieron.

Cortadillo, sulfurado,
salió del Ayuntamiento,
y mi Rinconete, entonces,
del cotarro otra vez dueño,
decretó la supresión
de puertas y otros excesos.

—

Hasta aquí este cuento sándio
que llamaban en el pueblo
RINCONETE Y CORTADILLO,
pasillo tragi-burlesco.

Me faltan las consecuencias
de estas luchas y jaléos
y, mientras que las escribo,
juzguen bien ó mal el cuento,
como lo oí lo he contado:
salud... y pocos impuestos.

XXIII.

Epílogo.

Mis lectores pacientísimos
que el cuento hayan acabado
de leer, habrán podido
comprender el sino aciago